

REVISTA DE MÁLAGA.

ÓRGANO DE LA SOCIEDAD DE CIENCIAS FÍSICAS Y NATURALES

AÑO III.—TOMO VI.

31 DE MAYO DE 1876.

NÚMERO 33.

SUMARIO.

- I.—Cuatro palabras sobre la pintura contemporánea.—POR D. JOSÉ M.^o DE SANCHA.
 - II.—Daniel, por Ernesto Feydeau.—Juicio crítico por D. JOSÉ M.^o CROUSEILLES.
 - III.—Conocimientos de física. La Atmósfera.—POR D. F. CARVAJAL.
 - IV.—A mi querido amigo el reputado artista D. Bernardo Ferrandiz. (Poesía.)—POR D. ATENODORO MUÑOZ.
 - V.—Miscelanea.
-

DIRECTORES-PROPIETARIOS,

ENRIQUE RIVAS.

JOAQUIN M.^o VERDUGO.

MÁLAGA

IMPRESA DE LA REVISTA DE MÁLAGA,

PLAZUELA DEL CISTER, NÚM. 9.

1876.

CUATRO PALABRAS

SOBRE

LA PINTURA CONTEMPORANEA.

Lo que debe ser, és. No sé, si á algun filósofo se le habrá ocurrido proclamar esta verdad, ó si por el contrario correrá válida entre los sábiôs, la creencia vulgar de que no pasan las cosas como debieran, gracias á la ignorancia ó la malicia de los hombres, ó merced á los caprichosos ó desatentados decretos del acaso. Pero si no ha sentado la ciencia el principio con que encabezo estos renglones, quédame el derecho de sentarlo yo, yá que no con la fuerza del saber, con la seguridad de la convicción.

No me detendré en demostrar esta verdad que doy por aceptada, mucho más, cuanto que no es mi intento hacer una disertacion filosófica, y antes bien, hallando en otro terreno aplicacion de aquella máxima, darme mil parabienes de verla comprobada una vez más, y con tan satisfactorio motivo como es el que me mueve á tomar la pluma esta vez.

Es el caso, que á mi juicio, como hace mucho tiempo he afirmado, seguro de acertar, Málaga es un país de artistas. No de otro modo deberia suceder aquí, á la orilla de este mar sin tempestades, bajo este cielo sin nubes y sobre esta tierra de bendicion.



No de otra manera és, aquí donde son poéticos los sentimientos del pueblo, ardientes sus pasiones, desenfrenada su imaginacion, fantásticas sus ideas, hiperbólico su lenguaje y caprichosas sus costumbres.

Aquí por eso, si la razon helada no ejerce su irresistible imperio, la imaginacion sonriente hace olvidar su ausencia, y si la verdad amarga no acibara los lábios, la chispeante burla regala los oídos.

¿Qué más puede pedirse á una raza de artistas?

Aquí ha debido vivir el Arte.

Aquí ha vivido siempre.

Aquí se desarrolla hoy lozana y poderosa en una de sus más preciadas manifestaciones,

En la pintura.

Pocos, ninguno quizá se habian ocupado de este desenvolvimiento, y menos acaso de juzgarlo en sana crítica.

Esto no podia ser, y no es.

Si yo, el ménos autorizado, he dedicado con el afan del mas entusiasta, algun trabajo, antes de ahora, á este objeto, otros más competentes me han seguido, y son ya varios los trabajos más ó menos juiciosos que ocupándose del Arte, han visto la luz pública en los periódicos de Málaga.

En uno de los últimos números de la REVISTA DE MÁLAGA, el Sr. Relosillas publica un discurso histórico crítico, sobre la pintura, que dedicó á una de las veladas artísticas en que Don Bernardo Ferrandiz va reuniendo á su alrededor á antiguos apasionados del arte y á nuevos prosélitos.

La aficion eunde. El culto del arte, se estiende. El criterio en ella se refina. El gusto se generaliza. Málaga entra de lleno por el camino que tan á las claras le trazó la naturaleza. Lo que debe ser, és.

Primera consecuencia de este primer paso, es la lucha, la oposicion, la diversidad de gustos y pareceres, sin lo que la vida es imposible.

Animo pues. Empuñe cada cual sus incruentas armas, y venga en hora buena, la apetecida batalla; que ciertamente al

reposar de ella en pasajeras y sosegadas treguas; si no nos llevó otra pasión que la del bien, juntos celebraremos y á la par, un triunfo que ni al vencido humilla, ni al vencedor ensoberbece, porque allí donde la verdad resplandece por el choque de las inteligencias, es la victoria solo suya, y el galardón y la gloria de todos los que la aman.

Movido, por las ideas que en el discurso antes aludido se emiten acerca del rumbo que al arte contemporáneo conviene seguir, no puedo menos de salir á la defensa, de principios que en otras ocasiones he sustentado, y que, á mi juicio, son de interés sumo, hoy que por dicha ó desventura, una revolución espantosa conmueve y trastorna en sus fundamentos al arte.

Una nueva escuela; una secta mas bien, á la que ha dado nombre é importancia Fortuny, como no otro, queriendo trasladar al lienzo la belleza real de la naturaleza que nos rodea, ha llegado por el inimitable poder del arte de aquel maestro, á pintar el sol, el movimiento y la vida,

No es él, sin duda, el primero que ha aspirado á tanto, ni tal vez el que antes lo ha conseguido; pero es lo cierto que ha sabido hacerlo con tal novedad, con tan aparente sencillez, que nuestra generación, ávida de reformas, ha admirado sus obras y las ha colocado á una altura, mejor dicho, las ha pagado á tanto precio, como no alcanzó antes otra alguna.

Aun suponiendo que esto sea justo, lo cual no es ocasión de discutir, lo cierto es, que si en buena economía el precio es función de la escasez de la existencia y la importancia del pedido, no es de extrañar que á tales tipos hayan llegado obras tan singulares, y tan apetecidas, aun cuando para ello no tuviesen otros merecimientos, que Dios me libre de negarles, que los de la escasez y la novedad.

Pero es el caso, que si hombres de la talla de Fortuny, han podido del objeto más trivial hacer un cuadro, y de la manera más caprichosa obtener pasmosos resultados; son escasos, quizá ninguno, los que de tan poca cosa y con semejantes procedimientos pueden llegar á tanto ni á mucho menos.

Esto no obstante, el vulgo de los pintores (y cuenta que no

digo de los artistas) pueden pensar y piensan, que en el mismo camino les está reservado un triunfo semejante, olvidando que el sapo de la fábula reventó al hincharse para imitar al buey en la gordura.

Verdad es sin duda que para esos profanadores del arte, inútil es la enseñanza y el consejo. Ciertamente con ellos ni cabe ni debe haber cuartel; pero podrá para otros, y aún quizá para nadie ser regla de conducta la que siguió aquel maestro?

¿Porque hábilmente supo un pintor vencer una dificultad determinada, deberán lanzarse todos al camino de forjarse dificultades á capricho, por el gusto de vencerlas, sin pensar en el peligro de estrellarse ante ellas?

Pues qué ¿el génio de todos los hombres es igual, ni aunque lo fuera, podría brillar del mismo modo en idénticas circunstancias?

Preciso es á mi entender estudiar ante todo el buen camino. Esto es, adoptar el criterio justo y racional á que ajustar su conducta, y conocer y medir despues las propias fuerzas para acomodar á ellas las empresas en que se pretenda salir airoso.

Recuérdame este caso, uno semejante por sus posibles resultados, aunque de orden menos serio.

No hace muchos años, de las manos de nuestros músicos y nuestros poetas, dióse á vivir un género lírico-dramático, oriundo de nuestras tonadillas de antaño, que se llamó zarzuela.

En sus principios parodia de obras serias, tuvo la sátira por asunto y la buena música por agradable adorno. Más festivo, ó más serio, osciló entre los tipos de *El Duende* y de *Jugar con fuego*; y en uno y otro, llenando cumplidamente su objeto, hizo concebir la esperanza de ser el germen de una ópera nacional.

Un autor, de indisputable gracejo, de ingenio fecundo, de chispeante pluma, un malagueño en fin, D. Luis Olona, logró á tal extremo disponer de la risa de los espectadores, que del más fútil motivo, del más descabellado argumento, del asunto

más desconcertado, supo hacer la delicia del público y su propio renombre y fortuna.

Imitadores de su método, soñando con alcanzar el éxito de aquellos deliciosos desvarios, dieron otros en imaginar donaires y chistes sin buscar mas fundamento, que un pretesto á ellos, ni mas resultado que la hilaridad de los espectadores.

Inútil trabajo. Por el camino de las vaciedades no es racional llegar á fin positivo alguno. Y si un carácter del todo excepcional, si una inventiva extraordinaria y una inteligencia nacida para aquello, supo de tan poca cosa sacar tal resultado, otros hombres, de nada mediano talento ni escasa instruccion quedaron eclipsados, y miles de necios creyéndose capaces de lo que no les era dado, llevaron en millares de necedades, el aburrimiento al público, la ruina á las empresas teatrales, el descrédito al nuevo género.

Olona murió, murió la zarzuela.

No menor castigo merece toda idea que se subordina á la personalidad de un hombre, así sea este el primero y mayor de cuantos viven.

Ay! si el estrávio que hoy deploro, llegase al extremo de que pudieran decir nuestros hijos: murió Fortuny, murió la pintura!

No por Dios, no será así.. No faltará otro génio que arroje las cadenas con que hoy se gallardean los ciegos sectarios de una escuela que bien puede decirse que es un carácter personalísimo, un rasgo del estilo con que supo brillar uno solo y no brillará otro.

Pero en tanto que otro coloso subyugue á esa bandada de imitadores inconscientes, y los arrastre en pos de sí como á manada de borregos, los que aman el arte, los que quieren buscar lo bueno donde quiera que se encuentre y descubrir la belleza donde quiera que se esconda, los que respetando á los maestros quieren seguirlos en lo imitable y olvidarlos en lo que de puro personal no lo es, ¿á qué habrán de atencerse? ¿Qué camino seguir?

Este es el objeto á que deseo encaminarme. No quiero,

enamorado de mis propias ideas, lanzarlas en son de senténcia infalible, ni inapelable. Quiero si llevar al ánimo de todos la necesidad de proponerse esta misma cuestion, y resolverla á su manera. Yo me limito á dar mi voto, que si no es acertado, es al menos sincero, y no pretende más que ser uno de tantos.

No es, ni puede ser el objeto del arte un simple placer de los sentidos.

Si la pintura no tuviese más objeto que regalar los ojos, podrian competir con ella, y acaso con ventaja, la fantasmagoria ó los fuegos de artificio.

Si no tuviese mas fin que representarnos al vivo un objeto material, mas cumplidamente lo llenaria la contemplacion del objeto mismó: porque no se me negará que entre un plato de pepinos y un cuadro que los represente, la verdad y la perfeccion están por los primeros, á menos que se opine como el lugareño de la fábula, que el gruñido del charlatan imita mejor al del cerdo, que el del cerdo mismo.

No es tampoco objeto del arte, el hacer lo difícil: porque de ser así tendrian más mérito artistico las obras pintadas con la mano izquierda que con la derecha.

Es evidente que la vista ha de experimentar placer ante el buen cuadro; que la verdad de la representacion ha de ser tal, que se confunda si es posible con la realidad misma, y para ello que todas las dificultades materiales esten vencidas sin aparente trabajo y por completo.

No llena más los fines del arte el cuadro que está pintado con colores más agradables, aunque la vista se recree mas en él, ni importa para nada que haya sido fácil ó difícil obtener un resultado si el resultado se ha obtenido, ni basta que esté tan á lo vivo pintado que iguale á la cosa que representa si esta no tiene en sí condiciones de belleza.

Cierto es, que conseguir todo esto es mucho hacer, que para ello se necesita una maestria completa y un génio especial de que pocos disponen: pero aún es posible reunir todas estas condiciones sin ser artista ni por asomo; sin sentir ni

concebir la idea de lo bello, y sin tener ni con mucho la facultad de crearlo.

El mismo Fortuny opinaba así sin duda, pues aseguraba poco antes de morir, que hasta entonces habia pintado solo para el negocio, y en adelante queria trabajar para el arte.

Es decir, que él, artista sin duda, dedicado toda su vida con sin igual asiduidad al estudio, habia trabajado para aprender y para vivir, y dueño ya de recursos para dominar la parte mecánica de su profesion, y de medios cumplidos para no carecer de lo necesario á ella, se proponia en adelante dedicar todos sus esfuerzos, y todos sus recursos á llenar las exigencias del arte.

Lástima es, y lástima grande, que cuando debíamos esperar de él todo aquello de que era capaz, haya la muerte helado su mano, y apagado su génio!

Pues bien, si el arte exige algo más, que lo que él hizo. Si sus trabajos fueron en concepto suyo, estudios y mercancías, cómo limitar las aspiraciones de la pintura, á imitarle, precisamente en lo que no era inimitable, por ser cosa puramente personal, cosa suya, estilo y procedimiento?

De ahí necesariamente ha de resultar, que la escuela que quiere fundarse en la imitacion de su manera, no pasará de las condiciones de todo lo que no es natural y espontáneo, y el afán de copiarle llevando al extremo de proponerse como objeto del arte, lo que él se propuso como objeto de ejercicio, es sacar de su camino, desquiciar y falsear la pintura en lo que tiene de arte y amanerarla y empobrecerla en lo que tiene de profesion manual,

Hablar al alma, conmover el sentimiento, despertar la inteligencia y aun ennoblecer y levantar la dignidad humana, es el objeto primero, el fin mas digno, el móvil mas generoso del arte de lo bello. Conseguir esto por medios que halaguen y recreen los sentidos, con perfeccion que satisfaga la inteligencia, por procedimientos que disimulen su propio trabajo, es el objeto del ejercicio del pintor.

No se me negará que el arte resplandecía potente y loza-

no en las obras de aquellos pintores que brillaron en los tiempos semi heróicos de la Grecia, y sin embargo sus cuadros no fueron seguramente ejecutados sino con masas de limitados colores encerrados en negros y recortados contornos.

En cambio, nadie se atreveria á afirmar que hay arte alguno en la representacion cumplidísima y perfecta que del natural nos dá la cámara oscura.

Luego puede haber arte con limitacion è imperfeccion en los procedimientos materiales. Luego no basta á que la haya la más minuciosa y exacta representacion de la cosa.

Una idea hecha sensible por medio de una forma. Eso es el arte. Donde la idea falta, el arte no puede existir. Tampoco existirá sin duda donde la forma no exista; pero sí puede muy bien la forma ser imperfecta, con tal que dé perfecta idea de lo que se propone. Por eso en la palabra hay arte; por eso en la pintura simbólica hay arte, y hay arte en la arquitectura y hay arte en la música y vió el génio griego arte en la danza, y la hizo parte de sus ritos y la colocó en Terpsicore al lado de Melpómene y Talia, entre las hijas de Apólo compartiendo su gloria en el Parnaso.

En esta parte las artes tienen cada una exigencias diversas; los tiempos y las civilizaciones procedimientos distintos, y los artistas estilos y maneras diferentes; pero en la parte esencial, en la grandeza del pensamiento, en la necesidad de la idea bella como gérmen, y núcleo de la obra de arte ni por nadie, ni nunca ha podido prescindirse.

Los mónstruos, mezcla informe de bucy, de águila y de hombre, de los templos de Nínive y Babilonia. Las esfinges, los cárabos, las Ibis del Egipto y aquellos séres fantásticos participes de los otros en sus figuras, envuelven las ideas mas elevadas de la divinidad, de la vida, de la fuerza, del saber.

Lo mismo la raya surcada en el flanco de la montaña dibujando un contorno humano, en las cavernas troglodíticas de la India, ó en los templos de Menphis y de Teba que la escultura más delicada de los buenos tiempos del arte griego, envuelven una idea y una idea noble siempre y digna, si-

quiera no lo sea para las exigencias de nuestra civilización y nuestra cultura. Unas veces con tosquedad informe, otras con perfección sublime, el arte ha envuelto siempre un pensamiento en una forma material, así en el ídolo de barro de la tribu más salvaje de la Nueva Zelanda, como en la estatua más perfecta de los escultores griegos; pero prescindir de todo pensamiento, de toda esencia moral y pretender invadir el sagrado templo del arte, con solo la perfección material vacía y hueca de sentido, estaba reservado á esta época nuestra de indiferencia y positivismo.

Por eso, no puede el género á la moda gloriarse con el nombre de pintura realista. Nó y mil veces nó. El realismo no puede ser, no es otra cosa que la realidad de la idea representada; pero si no hay idea, si lo que se pinta es puramente la materia, aunque esta tenga existencia real, aunque esté representada con verdad maravillosa, la cualidad alcanzada será materialismo nada más.

Realidad hay en las obras de Rosales, y realista es como ninguno Goya, el regenerador del arte moderno en nuestra patria, y lo son gran parte de los más célebres pintores contemporáneos; pero esa caterva de la nueva secta, esos embadurnadores de lienzo que pintan por pintar y lo primero que sale; así tuvieran el poder de traer la luz del sol y el aire de la atmósfera y el brillo de todos los colores del iris á sus desventuradas concepciones, serán materialistas nada más, como material es su género y como materia es el objeto que se proponen.

Y no se me diga que en la naturaleza inanimada hay bellezas dignas del arte, que hartó lo sé; pero si bien es cierto que nada es más sublime ni más artístico que esa inmensa y conmovedora bóveda de los cielos que tan al alma nos habla en su eterno lenguaje, nada sería más ridículo que pretender hacer un cuadro que representase un trozo del firmamento, así se trajesen á él vivas, movibles y lucientes todas las estrellas que lo pueblan.

Pintar la vida y la naturaleza tal cual es, ó tal al mé-

nos como en los tiempos presentes la vemos, es la tendencia realista de nuestra época, que yo no censuro; pero creer que esto se reduce á copiar una escena cualquiera, así sea la mas prosáica ó repugnante, ó reproducir un objeto sin cuidarse de que este sea el más vulgar ó antipático, es el absurdo de los absurdos.

Napoleon en su retirada de Moscow ha inspirado á Meissonier un cuadro que me atrevo á calificar de sublime; pero hubiera sido lo mismo; aunque tuviese idéntica verdad, Napoleon mismo, haciéndose la barba ó probándose un sombrero?

El paisaje, las marinas, los interiores, copias son de la naturaleza material que pueden tener vida y hablar al alma; pero dará aquel resultado el pintar un árbol, una ola, un lienzo de pared?

Y sin embargo, esto y mucho ménos se pinta hoy.

Semejante tendencia es la que deploro; porque es tanto más temible cuanto que obras semejantes, si estan bien ejecutadas como verdad y como manera, sorprenden á los incautos, pueden alcanzar precios elevados y dar ocasion á que los más de los pintores, viendo que con tan poco se sale del paso, limiten sus aspiraciones á reproducir lo primero que se les pone ante los ojos, ahorrándose con ello todo el trabajo, todo el saber, toda la inspiracion que constituyen en rigor el quid que diferencia al verdadero artista del mero artifice. Porque en efecto, esa nobleza de sentimiento, ese delicado gusto, ese estudio profundo y constante del corazon y sus pasiones como de los hechos y detalles de la historia, á la par que la completa maestría que se exigen al artista, para nada hacen falta al que sabiendo manejar los colores, se propone ni más ni ménos que pintar lo primero que se le pone por delante. Y siendo en las obras de estos últimos la verdad material, la única cualidad que resalta, llegan ya á hacer prodigios de trabajo y llegarán á aspirar á lo imposible en la fidelidad de la copia y la originalidad de la manera, hasta el punto de que por ese camino y en el deseo de las novedades no seria de estrañar que llegasen á hacerse retra-

tos con ojos de movimiento y joyas verdaderas; y aun á preferir la imágen pintada y vestida, con su peluca y sus pestañas de pelo, á la escultura de piedra, que al fin es falsa en sus detalles y carece de color.

Se concibe fácilmente que un rumbo cuya exageracion haria posible tales absurdos, es funesto sobre todo en esta época de exageraciones.

No hay pues otro camino que luchar y luchar sin tregua contra esa tendencia desdichada.

Preciso es apartarse y aun oponerse á la corriente, por más que para ello se necesite arrostrar un temeroso peligro.

Pero aquellos que aman al arte, los que anhelan guiarse á un porvenir de gloria; los que quieren ver apartado á los leales de los traidores, á los fieles de los profanos, déense sin tregua ni descanso á deshacer el engaño, á combatir el peligro y á arrancar y arrojar al viento y á la hoguera la mala zizaña que cunde, y amenaza aniquilar el grano puro y saludable de que ha de componerse el alimento de nuestro gusto artístico.

JOSÉ M.^a DE SANCHA.

DANIEL.

ESTUDIO POR ERNESTO FEYDEAU.

Acaba de publicarse en París por la casa de *Michel Lévy, frères*, una nueva edición de la obra con cuyo título encabezamos estas líneas y de la que es autor uno de los escritores mas en boga en la nacion vecina por la naturaleza de sus escritos puramente realistas, reproduccion exacta de las costumbres francesas, á las que aquellas buenas gentes trasparenáticas lanzan su anatema cuando no se ajustan á la mas pura moral, evidenciándolas y hasta escusándolas, sino es que las comparan para sacar del símil el partido que se proponen.

Fany, otro estudio de Ernesto Feydeau, viene á ser en resúmen la justificacion del adulterio, fundada en la diversidad de caracteres que ostentan los tres personajes más importantes de la novela, á saber: el marido, la mujer y el amante. Un hombre de negocios, como el esposo de Fany; varonil, Hércules parisiense que por nada del mundo vestiria la túnica de Neso; fornido, ancho de hombros, para decirlo de una vez, en la plenitud de toda su naturaleza, no podia ser un marido del agrado de aquella mujer delicada que busca la com-

pensacion de su error matrimonial en un amante perteneciente á esa raza enfermiza y elegante nacida para el objeto.

Los tres personajes juegan respectivamente sus papeles de una manera admirable y el adulterio se consuma cien veces con toda la discrecion de una pluma experta; pero llega un momento en que las banales sospecha del amante amargan la existencia de aquella mujer y desde este punto déjase entretrever por el autor el fin moral del pensamiento que viene desarrollando. El amante exige que su amada abandone su hogar, su marido y sus hijos: esta última consideracion mueve el corazon de la adúltera.—Abandonar á sus hijos ¡imposible! Sería el mayor de los crímenes.

La fatalidad, las convenciones sociales, un sacramento, la atan al lecho conyugal: este lazo es fácil de romper no obstante, de hecho al ménos; pero al crimen de un amor ilícito añadir el abandono de los hijos?... Jamás! Puede recurrirse á un expediente salvador y el talento de aquella mujer lo hace notar: no volverá á partir el lecho con su marido; la promiscuidad de dos amores con idénticos derechos cesará!

El amante que posee una voluntad distraida y un espíritu sin firmeza, para quien el acceso de las pasiones significa un simulacro de lucha en que siempre es vencido, acepta esta proposicion; pero llega un dia en que por sus propios ojos vé que el juramento de su amada fué solo una promesa de mujer infedida, entonces se aparta de ella, la maldice, huye y aquí termina el cuento. No hay que temer, él volverá: un hombre hecho de este barro, pintado con los colores que plugo escoger al autor, no es susceptible de una resolucion séria; si hoy abandona á la mujer que quiere, mañana la buscará de nuevo, dejenerando así su pasion en una bastardía doblemente repugnante.

Es cierto que estos estudios son exactos y están copiados del natural; pero, triste tarea la del novelista que se entretiene en remover el lodo de la sociedad en que vive y quiere tornar limpidas las aguas encenagadas sacando el limo á la superficie!

La época actual transcurre combatida por el espíritu de una crítica que desde lo basístico hasta lo elemental, lo ha puesto todo en tela de juicio. Verdad religiosa, fundamentos políticos, principios de derecho, cuanto la vieja sociedad ostentaba como asentado sobre la base de una inmovilidad absoluta, ha venido á ser discutido, negado ó reformado. La diversidad de sistemas y de opiniones ha fraccionado la conciencia social; la unanimidad de pareceres de otros tiempos ha desaparecido; la unidad se ha deshecho para ser formada de nuevo, y ese y no otro es el ideal de la época presente. Pero entretanto, no existe, por decirlo así, un cuerpo de doctrina que sea la inspiración de los actos sociales; la confusión es completa en todas las esferas; no se sabe lo que es moral ni lo que es lícito; principios como estos de una estructura fundamental han venido á ser en los tiempos que corremos doctrinas dubitativas y de consistencia más ó menos problemática; en una palabra que el calor que alimenta á la sociedad humana, ha perdido su eficacia y se vive de transacciones, de debilidades, de eclecticismos ineficaces y elásticos que prestan á la fisonomía de la época un tinte lúgubre que huele á muerte y á desolación y á ruina.

Francia es uno de los países donde este mal ha hecho mayores estragos. Inspirado aquel pueblo quizá en un alto espíritu de investigación de la verdad, ha sido quien ha lanzado mas ideas atrevidas y extraordinarias al exámen de la crítica. Lo bellamente humanitario, pero sublimemente absurdo, ha producido una masa revolucionaria, la más pujante tal vez del mundo; las sacudidas que estas fuerzas han producido luego han sido tan violentas y rudas que el miedo se ha apoderado de los corazones y un movimiento de reacción se ha operado en todas las personas sensatas.

Las personas sensatas decimos: ¿qué debe entenderse por ellas?

Forman este núcleo todos aquellos que aceptarían de buen grado los principios de reformas, si unos fuesen practicables y si los otros no viniesen seguidos de males cruentos y doloro-

sos y de exclusivismos incomprensibles; las personas sensatas forman las clases ilustradas y ricas en sus diversos grados y matices; pero por desgracia no son siempre ni las mas desinteresadas ni las mas morales. Debiendo ser modelos de quienes copiaran las demás clases sociales hánse forjado una moral arbitraria y caprichosa y escudadas en su egoismo viven para ellas sin importárseles nada las contingencias del mundo en que habitan.

En todos los países esas clases están cortadas por un mismo patron, poco más ó ménos; pero en Francia es donde aparecen más arrogantes é inmorales. Un gran poeta y novelista contemporáneo, ha pintado de mano maestra en una de sus mejores obras, el tipo del conservador *pour rire*, engendro aparecido improvisadamente durante el primer imperio napoleónico. Aquel hombre no cree en Dios; pero comulga. Despojaría á su padre; pero guardando las apariencias. En sus teorías genesiáticas coloca al mono como el obligado ascendiente del hombre; pero en público guarda una prudente reserva ó sostiene con calor lo contrario de lo que cree. Lee con fruicion el *Ingénuo* de Voltaire y se burla de las prácticas católicas; pero no permite que su mujer deje de oír misa y aún la oye él mismo. Adora en secreto á Volney; pero en sus discusiones enaltece y se entusiasma con Kempis. El honor es para él una especie de religion, y, roba á su amigo el corazon de su esposa y si es preciso le deshonra á su hija; pero sabiendo poner, eso sí, á cubierto de la maledicencia, la fama de la mujer rendida! Tal es el tipo al cual habria no poco que aumentar hoy, pues perfeccionado en la especie, ostenta cualidades mucho más generales.

Las clases *en haut placées* de la República vecina y aun la clase media, sino en todos sus individuos, pues hay honrosísimas excepciones, en una gran parte, viven de una manera degenerada y torpe y la caprichosa moral en que se inspiran no puede ser mas perniciososa y repugnante.

Ernesto Feydeau, en el estudio de que hemos hecho mencion y en el de que vamos á ocuparnos ha profundizado con

su escalpelo la llaga que corroe á estas clases, y, aceptando como un hecho tristemente fatal la circunstancia de males que la civilizacion presente ha importado consigo y que desaparecerán un dia, ha pasado: primero, á evidenciar esos males; segundo, á justificarlos ó disculparlos.

El sistema de hacer patente el mal á fin de que se huya de él, es de positivos y útiles resultados, segun mi opinion, cuando se manifiesta aquello que se censura de una manera sóbria y sin aparato; pero hágase de la adúltera una heroina; del bandolero un personaje interesante; del suicida un hombre superior y los resultados serán opuestos á lo que se procura obtener.

Gœthe, ha tratado de disculpar á Werther ó de evidenciar las consecuencias fatales que resultan de no poner coto á las exageraciones de la imaginacion?

No quiero entrar en estas consideraciones: me basta con suponer que la idea de Gœthe no habrá sido preconizar el suicidio como el único medio para evitar los males de la tierra y las contrariedades de la vida; y sin embargo qué resultados tan funestos no ha producido en Alemania y aun en Francia mismo la lectura de las memorias del jóven Werther!...

Ha dicho el gran Michelet que cada siglo ha tenido su enfermedad peculiar, la del presente es una dolencia eléctrica nerviosa que influye poderosamente en sus destinos. La imaginacion desempeña un gran papel en este juego, porque en los tiempos presentes parece que la fantasía ha ampliado sus dominios de tal suerte que todo lo ocupa. Nunca ha tenido tanto acceso, lo mismo en las muchedumbres que en las individualidades, lo maravilloso; hoy se sueña demasiado y las inseguridades del porvenir hacen que los hombres se refugien en este consuelo. Todo el mundo es más ó menos artista; todo el mundo pone más ó menos en juego su propia imaginacion y nadie puede decirse que se libra á esta influencia general. La inteligencia más árida; el génio más estrictamente concreto y preciso, sueña al presente, y es tan poeta y tan loco, como el más rematado. Y es que está intimamente unido al

siglo actual este fenómeno. Las empresas gigantes; los descubrimientos asombrosos; los progresos científicos; las ambiciones ilimitadas; las fortunas fabulosas hechas con rapidéz desconocida; la facilidad de remontarse á los altos puestos por la igualdad ante la ley, hace soñar al sábio y al ignorante, al rico y al pobre.

Pues bien, supuesto este estado fisio-psicológico de la sociedad presente, dése pasto á la enferma fantasía con lecturas en que la fatalidad impera sobre la libertad y el deber queda anulado por la pasión ciega; con lecturas ay! que en vez de apagar los fuegos de la imaginativa ofuscada los aviven, y que en lugar de nobles sacrificios y honestos ejemplos pongan de relieve perjurios no castigados é innobles satisfacciones de la materia ó debilidades de funestas consecuencias, y, sobre los males presentes habrá que aumentar los que produzcan estos libros escritos con el lodo de la Babilonia contemporánea.

Para poder juzgar con exactitud el *Daniel*, de Feydeau, es necesario conocer el principio que trata de probar: este es el siguiente pensamiento, ó mejor dicho, la siguiente sentencia de Chamfort, que traduzco al pié de la letra:

«Cuando un hombre y una mujer sienten mutuamente
»una pasión violenta, me parece que siempre sean cualesquiera
»los obstáculos que los separen, un marido, los padres etc., los
»dos amantes son el uno para el otro *por naturaleza* y se pertenecen *de derecho divino*, apesar de las leyes y de las convenciones humanas.»

La proposición como se vé es bien clara y no deja lugar á duda de ninguna especie. Se trata de saber si cuando un hombre y una mujer sienten mutuamente una *pasión violenta*, ha-

brá algun obstáculo bastante poderoso que los separe; y Mr. de Chamfort se encarga de desvanecer esta duda afirmando que no puede existir obstáculo si la *pasion violenta* existe, porque entonces se pertenecen aquellos de *derecho divino*, por *naturaleza* y son inútiles las leyes y convenciones humanas. Confieso que si muchos principios cual éste se definieran como verdades dogmáticas, la sociedad humana tardaria en disolverse lo que esas doctrinas en practicarse.

Colocar la *pasion violenta*, irreflexiva y ciega sobre el deber, equivale á suponer que las leyes de la moral no tienen otro poder ni otra estension que los que alcanzan hasta la *pasion* misma; de aquí se deduce necesariamente que la fatalidad impera sobre el arbitrio individual, y que la libertad es una palabra hueca.

Si el hombre tuviese por único regulador sus pasiones no hay que decir que, entonces, todas ellas estarian sobre las convenciones humanas y las leyes que serian arrastradas débiles obstáculos; pero no es así. Existe sobre los movimientos del corazon y los deseos de la carne, una ley inmutable, eterna y superior á todo; esa ley encierra las reglas del *arte de bien vivir* y no puede ser pospuesta ni en su aplicacion ni en su ejercicio, porque está por encima de los movimientos que regula y de los actos que ordena y ajusta. Solamente una inteligencia enferma ó anárquica hasta el punto de tocar al *arca santa* de una moral jamás discutida, puede sostener lo contrario; sin embargo, no es solo Chamfort quien profesa este principio; Ernesto Feydeau lo ampara así mismo y de él saca las conclusiones de su libro titulado *Daniel*.

Quisiera evitarme el disgusto de hablar detalladamente de la obra y de descender á su fábula; pero es preciso si mis

lectores han de formar opinion exacta de lo que es esta monstruosidad literaria.

Daniel, es un jóven de la alta sociedad francesa, huérfano ya al nacer y educado por un tío viudo y solo, que desde un principio vió en él á un hijo. Lejos del bullicio de los grandes colegios y de la intimidación con los demás niños, pues Daniel se educó en su mismo palacio, formóse su inteligencia sin esos rasgos que las pequeñas luchas de la infancia determinan en los caracteres juveniles, afirmándolos cuando el niño pasa á ser hombre. De dulcísimo temperamento, franco, ingénuo, confiado en absoluto y sobre todo poco conocedor de la vida y del mundo en que forzosamente habia de entrar tarde ó temprano, Daniel, por un error de su tío que lo adoraba, se habia desarrollado como una flor delicada dentro de templada *Serre*, y poseia todas las cualidades para ser propiciatoria víctima de las asechanzas de los hombres,

El trato social le desagradó bien pronto. La observacion lo movió á reflexionar y él que adoraba la Belleza, el Bien, un Ideal supremo, que lo buscaba por dó quiera, no logró hallarlo. La oposicion irritante entre la conducta y las máximas del mundo lo hundió en un abismo de sorpresa; el culto esclusivo y grosero de los bienes materiales le inspiró un insoportable disgusto; el espectáculo de la insuficiencia aplaudida y triunfante, de la maldad no castigada, del vicio satisfecho, excitaron en él sordos furores, en fin, viendo el mérito siempre despreciado y la honradez mofada siempre, se sublevó contra la cobarde indiferencia de la multitud.

Trató tímidamente en algunos círculos íntimos de combatir los preceptos de una sociedad cuya hipocresía le indignaba; pero solo le contestaron por encima del hombro algunas frases banales. Entonces se apercibió de que no era comprendido, que el mundo no exijia de él sino las apariencias y en fin, que era preciso descender para elevarse en la opinion de los demás, cosa que aunque trató de hacer no pudo lograr, según Feydeau.

Empezóse á hablar de Daniel como de un ser fantástico.

La mediocridad le reprochaba su independencia, la envidia no podía perdonarle su nacimiento ni su fortuna. Bien pronto comenzaron las hostilidades, y sin saberlo adquirió miles de enemigos excitando el odio de la juventud y el desden amargo de los viejos. Después de los hombres interrogó pacientemente el ascetismo de la Iglesia, la impasibilidad de la filosofía y el espiritualismo de las bellas artes, y no se sintió más satisfecho; entonces viendo que el mundo real no le presentaba sino objetos de repulsión, refugióse voluptuosamente en el mundo de los sueños, y las quimeras de su imaginación lo absorbieron tanto que perdió la conciencia del tiempo y de sí mismo.

Así pinta el autor al principal personaje de su obra.

Daniel no es una figura inverosímil; hay como él muchos ejemplares en el mundo que educados lejos de la vida común y en la atmósfera de un bienestar tranquilo, ignoran lo que constituye la verdadera existencia humana y aprecian el bien y el mal con un criterio tan absoluto como erróneo.

Es verdad que la sociedad aparece á los ojos del observador combatida dentro de sí misma por las más opuestas pasiones y que en este minuto histórico lo encarnizado de la lucha produce espanto aun en los ánimos más enteros; pero no es posible desconocer tampoco que ese combate es condición de la vida, resultado del arbitrio con que ha sido dotado el hombre y que si desapareciera, todo lo animado quedaría reducido al nihilismo. Disminuir los efectos de esta lucha; mostrar á los seres inteligentes el objeto de su misión en la tierra; encarecer los preceptos de la moral, es á cuanto pueden aspirar el

legislador y el filósofo; pero suprimir los efectos de la voluntad, eso no pasa de ser ridícula y pobre quimera.

Un joven educado de la manera que Feydeau presenta educado á *Daniel*, que apenas si tiene conocimiento de que el mal existe en la tierra; que rodeado de toda clase de comodidades y cuidados ignora lo que es el aguijon de la miseria ó de la necesidad; que no ha tenido ocasion de chocar con el mundo ni ha probado el amargo bebedizo de los desengaños; que bondadoso y noble por naturaleza no sabe como se tuerce el corazon de los hombres, no es estraño que al penetrar en la sociedad y advertir cuanto en ella existe y se mueve, le acontezca lo que á un niño que al observar por primera vez los efectos de la linterna mágica, retrocede horrorizado ante las siluetas de un espectro. ¿Ha querido hacer depender Feydeau del hecho de la educacion dada á *Daniel*, las consecuencias que posteriormente saca en su libro y los hechos que surgen?

No he podido penetrar tanto; pero de fijo que ha sido objeto de su estudio esta circunstancia y aun la establece como una premisa forzosa. De todos modos, el personaje de que nos ocupamos aparece á los ojos del crítico como uno de los muchos resultados incoherentes de la civilizacion actual, como un hombre que ha carecido de la dulce educacion de una madre y de la fuerte y varonil enseñanza de un padre, sin cuyos agredos el hombre es.... un *Daniel*.

Nuestro hombre llega á cumplir los veinte y cinco años, y se casa, pero no se casa por voluntad propia ni mucho menos. Aquel misántropo que ha llegado á odiar á la humanidad, que en nada cree y que todo le repugna, es incapaz de amar ni de enamorarse.



La union que realiza se la propone su tío y tutor, y él que lo adora, la acepta por darle gusto.

Ernesto Feydeau se estiende grandemente en pintar el carácter de Isabel la esposa de nuestro personage; no le seguiremos nosotros en este camino y bastará al objeto que nos proponemos, que digamos que aquella mujer era abominable, que tras su juventud y su aspecto soñador, tras su hermosura, ocultaba un corazon corrompido y falso.

Un día, Daniel recibe una carta anónima en la que le dicen que su mujer *estaba á la sazón en su cuarto amante*. Duda; pero entre aquel relato y sus observaciones encuentra cierta singular concordancia: sin embargo, negando aun su desgracia hace cuanto es necesario para asegurarse de la realidad.

El oro que todo lo puede logra una infidencia que pone á Daniel ante los adúlteros y entonces sobreviene una escena que en nuestras costumbres no tendria cabida ni se comprendería nunca.

Daniel aceptando la situacion creada por su mujer y aquella aparente correspondencia de afectos, propone al amante que se quede con su esposa:—Sois demasiado caballero, supongo, para desempeñar el papel de poseedor sin aceptar las consecuencias legítimas que la carga de una compañera lleva consigo. Sed su protector, su defensor, su guía. De la misma manera que yo he jurado á su familia guiarla, socorrerla y defenderla—y he cumplido mi juramento,—jurad á vuestra vez no abandonarla jamás y os entrego á la que amais.

Este rasgo teatral muy propio de la sociedad parisiense en la que solo hierven pasiones deleznable y para la cual el adulterio cuando más solo inspira decisiones frias y medita-

das, sorprendió á los amantes; pero bien pronto vueltos de su estupor lo rechazaron heroicamente quedando todo reducido á un desafío y á la separacion de Daniel é Isabel; pero no á una separacion judicial, con lo que la infiel esposa regresó á la casa materna.

Después del duelo en que Daniel hirió á su adversario, nuestro héroe, se sintió doblemente disgustado; su misantropía creció de punto y el veneno de la infidelidad amargó más aun su existencia combatida.

«No pido—habla Daniel,—el olvido á los placeres que jamás me sedujeron en mi juventud. Libre, vivo solo, no para guardar por orgullo la fé prometida y vergonzosamente mancillada por otra, sino por respeto á mí mismo que no quiero mancharme. No obstante, una voz profunda me dice que espere, y ya hace dos años que vivo entre las más ardientes aspiraciones de la esperanza y las desilusiones mas amargas del pasado, anhelante por despertar como si poseyese la certitud de que cada minuto al correr me lleva mas cerca del ideal que adoro y que no sé definir.»

Es decir, que Daniel, se sentia predispuesto en medio de su pesimismo desconsolador y de su increencia á algo parecido á los goces del espíritu, á la felicidad, al amor tal vez; ah! la naturaleza del hombre es así; limitada como todo lo humano, no vive largo tiempo en las tinieblas del escepticismo, necesita el refrigerante calor de la esperanza para no agostarse, como la planta de los jugos de la tierra sin los cuales moriria; y es inútil aislarse, sustraerse á la vida comun á las demás gentes, sacarse el corazon del pecho, como el personaje de la *Boite d'argent*, y regalarlo á un amigo,—porque las sen-

saciones morirán para nosotros, mientras que matarán al que posea los dos corazones, y cuando nos devuelvan el nuestro, sus latidos nos ahogarán y no resistiremos á sus violentas pulsaciones.—Una reaccion natural, necesaria que se opera en el espíritu de Daniel, abre su pecho á la esperanza; mano invisible empuja su destino y él se asocia á aquella influencia inconscientemente; es que el corazon cumplirá siempre la eterna ley que le ha sido impuesta, aunque para ello tenga que desmentir la voz de la ciencia y aun la de la experiencia misma.

A principios del mes de Julio de 1845, despues de haber recorrido Alemania é Italia, Daniel fué á instalarse en Trouville. Ya se sabe lo que es Trouville en verano, una residencia á la moda donde si se quiere se puede vivir con cierta independencia. Allí empieza á desarrollarse la parte más importante de esta obra.

El melancólico carácter de nuestro héroe huia de la sociedad en Trouville como en todas partes; así es que para entregarse á sus sueños, hizo en la playa su lugar cotidiano de una especie de plataforma rodeada de rocas desde donde podia admirarse un espectáculo íntimo y encantador. En este sitio fué donde encontró Daniel á los tres personajes que figuran mas conspicuamente en su historia, á saber: la señorita Luisa de Grammont; la baronesa de Grammont, madre de ésta; el conde Fernando de Grammont, su tío.

Oigamos al mismo Daniel describir á los que habian de ser mas tarde los objetos de su amistad y de su amor.

»Aunque poseyera el poder y el encanto infinito de Aquel que ha inventado las estrellas, jamás podría pintar exacta-

mente la arrebatadora criatura que tenía ante mis ojos. Prestando una celestial armonía á los objetos exteriores, parecia haber sido depositada allí por una de aquellas olas brillantes que suspirando venian á morir á sus piés. El viento, hábil artista, confundiendo y mezclando las diversas partes de su traje, hacía de él un solo paño que ora la envolvía ora la descubria caprichosamente. Su manteleta recojida sobre sus hombros dejaba ver su busto de vírgen, y su vestido flotando ligeramente detrás de ella, modelaba por delante sus formas seductoras y las revelaba á mis ojos. Desde mi sitio yo no distinguia de su cabeza sino las ondulaciones del velo, y el rojizo destello que la iluminaba de frente y dejaba bañado en la sombra el lado que me presentaba, poetizaba tan bien el conjunto de esta estatua viviente, que se hubiese dicho que formaba parte del trozo de granito que la sustentaba.

Un grito que le fué arrancado por el espectáculo lleno de esplendor de la mar removiendo sus olas de llamas, vino á conmover mi corazón. Aquella comunidad de sensaciones establecía ya entre nosotros una ligadura magnética. Al ver que su primer movimiento tan espontáneo, habia sido para expresar su admiración por un cuadro que estaba acostumbrado á considerar como obra mia, me juzgué feliz. Cuando fué dueña de sí misma, me evidenció con un rasgo, la impersonalidad de su alma: quiso hacer partícipes á los que la acompañaban, del placer que acababa de experimentar. Luego la ví, animándose, descender de la roca á fin de dar la mano á su madre y guiar sus pasos en la espesura de las ovas que hacian resbaladizo el camino, y despues de haberla afectuosamente instalado, descender otra vez y alargar sonriendo la punta de sus dedos á un hombre cuya edad no pude determinar, pero que por las precauciones que tomaba para doblar el cabo, me pareció no tener la libertad de acción de la juventud; ante este espectáculo, una nueva ola de alegría inundó mi corazón.

Pero ella!... qué sorprendente contraste el que formaba

con su madre y con el hermano de su padre!—Era un magnífico conjunto de la bondad de la primera y de la distincion del segundo.

No pude mirarla sin sentirme herido de una revelacion. Víme inmediatamente en presencia de la superioridad que se ignora, que se ignora en absoluto!—No sabia lo que admirar más en ella, si la perfeccion de sus formas, la gracia de su paso, la ingenuidad de su actitud ó el candor de los sentimientos que se exhalaban de su persona y que daban á sus miradas, á su porte, á la sonrisa de su boca, una extraña seducccion que escapaba al análisis y que era sin embargo femenino!— en una palabra, esta niña no tenia nada de la frialdad de los ángeles y hablaba á los mortales tan elocuentemente con los ojos como por el corazon.

Habia en ella algo de innominado y de imprevisto!—De estatura mediana,—mas bien alta,—su talle encerraba gracias esquisitas, modeladas en los más suaves contornos. Su pura cabeza se ostentaba con una dignidad llena de armonia, y los rollos de sus cabellos de un rubio ceniciento, bajaban hasta su cuello redondo y flexible. Sus ojos azules con reflejos aterciopelados, nadaban bajo sus grandes párpados sombreados de pestañas negras, y sus dulces miradas imponian tiernamente como si estuviesen penetrados de una dignidad secreta. Mas arriba sus cejas proyectaban dos arcos admirables sobre una frente blanca y bien formada; un cutis fino y mate se extendia sobre su rostro con frescos matices de rosa; su nariz por una curva feliz y atrevida, se ligaba á los lóbulos ligeramente levantados de sus ventanillas diáfanas; su barba redonda, pulida como una bola de marfil, se perdía fundiéndose en el borde de sus labios, y su boca hechicera dejaba ver alrededor de sus dientes hermosos ramas de coral.»

Tal era Luisa de Grammont.

Pasemos ahora al Conde.

»Era imposible precisar su edad, pues sus maneras y su traje contribuian á disfrazarla. Delgado y derecho, de estatu-

ra mediana, al verle marchar por la arena con esa facilidad llena de gracia que solo poseen las personas del gran mundo, se conocía en la elegancia de su traje, en la blancura de su camisa, que no habia abandonado todo deseo de agradar, y se le podia creer suspendido sobre la pendiente resbaladiza que separa la juventud de la edad madura. Pero estudiando la fatiga que labraba arrugas indisimulables en aquel rostro pálido, hermoso todavia; fijándose en aquella negra mirada cuyos relámpagos se encendian por intervalos; observando, en fin, á aquel hombre cuando arrastrando su pierna cubierta con un pantalon de paño, muy ancho, levantaba su pié elegantemente calzado al subir sobre una piedra ó al saltar un charco de agua, se adivinaban todos los dolores ocultos, en vano combatidos, que la edad lleva tras sí. El reumatismo habia convertido en huesos los tendones de sus piernas otras veces tan ágiles; la tos desgarraba con frecuencia los sonidos claros y vibrantes de su garganta; una jaqueca pertinaz acabó por destruir los negros rizos de aquella cabeza espiritual y distinguida.

A despecho de los cuidados de una ciencia hábil que procuraba detener los efectos del tiempo, el conde no tenia ya que descender la pendiente de la edad madura; en los tristes confines de la vejez veíasele luchar auxiliado por una filosofia picante, siempre jovial y por un buen humor escéptico y burlesco inaccesible á las enfermedades del cuerpo.

Era el hombre dichoso, el hombre demasiado dichoso, que no ha desdeñado ninguno de los placeres de la vida, y que á pesar de negar á estos su importancia, se apasiona por ellos todavia, porque ni el estudio ni la ambicion le ofrecen otros; el hombre de fortuna y de sociedad, planta de invernadero, brillante y rara, que no despliega su cáliz sino sobre el fango ardiente de las grandes ciudades; el hombre de fina distincion y de nativa elegancia, tan encantador en las formas que no se debe pensar en pedirle más que formas, de tan seductor espíritu que se le puede á veces perdonar que carezca de corazon.

De alegre frase, pero sin pretension ninguna,—decíame

—posee el arte supremo de interesar y de hacer sonreír; no se desdén de descender á los más fútiles detalles donde se enreda el entendimiento de las mujeres; analiza el placer y sabe saborearlo como profundo conocedor; un poco egoísta tal vez, como cuantos rinden gran culto á sus sentidos, juzga á todos los hombres por él mismo; pero hábilmente disimulada su personalidad bajo la seducción de las apariencias, sabe hacer, cuando finge interesarse por otro, las protestas de la más viva y sincera amistad. »

La baronesa de Grammont.

»La mujer de más edad hacia resaltar á su alrededor la perfecta mansedumbre de su carácter y la inalterable conciencia de una absoluta paz interior. Iba vestida con un traje estrecho y muy sencillo de seda oscura; su cuerpo era alto y delgado, sus mejillas ligeramente encendidas estaban adornadas con rulos de cabellos blancos, su barba era oval, sus ojos afectuosos y en su frente brillaba no sé qué sencillez tranquila.

Las habilidosas sutilezas del entendimiento no entraban para nada en el encanto que se desprendía de su persona; inspirábase en su propio corazón, así es que era imposible no amarla á primera vista. La serenidad de su mirada, la nobleza de su postura, su traje mismo de una armonía irreprochable, hacían nacer en el pensamiento la sospecha de una envidiable dicha á la cual instintivamente se rendía voluntario homenaje. En una palabra, la baronesa parecía estar incesantemente ocupada en hacerse perdonar aquella dicha, y vivía toda entera en su hija.»

José M.^o CROUSEILLES.

(Se continuará.)

CONOCIMIENTOS DE FÍSICA.

LA ATMÓSFERA.

Rodea al globo de la tierra una cubierta de gases y vapores formando una sustancia trasparente é incolora, designada comunmente por el *aire*, que es la atmósfera en general. Se particulariza este nombre aplicándole al aire que rodea á los cuerpos y á la parte de atmósfera general que corresponde á una localidad.

Ocupémonos primeramente del aire considerado físicamente, y despues de exponer sus propiedades más importantes, pasaremos á la atmósfera propiamente dicha.

El aire es uno de los cuatro *elementos* de los antiguos, pero entendiéndose científicamente por *elemento* todo cuerpo simple que no se puede descomponer en otros principios, ú otros cuerpos, el aire no lo es, porque se compone de los cuerpos siguientes: 1.º oxígeno y azoe, conteniendo de cien partes en volúmen, 21 de oxígeno y 79 de azoe; 2.º ácido carbónico en pequeña cantidad, en 1.000 volúmenes de aire, 4 de ácido carbónico; 3.º vapor de agua en proporciones variables; 4.º par-

tículas muy pequeñas de sustancias animales y vegetales. Según los químicos modernos, el aire es una *mezcla* de estos cuerpos, no una *combinación*.

El vapor contenido en el aire se comprueba por un hecho muy sencillo al alcance de todos. Si se coloca una botella llena de agua muy fría en una habitación caliente, la botella se cubre en su superficie de un rocío ó pequeñas gotas de agua; este agua es la que contenía el aire en suspensión al estado de vapor. Cuando en verano se pone en la mesa una botella de agua de hielo, el fenómeno es bien marcado.

La existencia en el aire de las moléculas de materias orgánicas se comprueba también fácilmente por un fenómeno que todos conocen, á saber, cuando por una abertura estrecha, y aún por una ventana abierta, penetran rayos de sol en una habitación, se nota en medio de aquellos una multitud de pequeños corpúsculos semejantes á polvo agitándose ó moviéndose en todos sentidos.

El aire, como todo lo que es materia, es un fluido pesado. Los antiguos ignoraban esta propiedad, á pesar de que se revela en una multitud de hechos físicos. Por lo demás, la prueba es bien sencilla: si de uno de los brazos de una balanza sensible se cuelga un globo hueco de cristal de 3 á 4 litros, provisto de un cuello y una llave que cierre herméticamente, y se pesa lleno de aire y después, habiendo hecho el vacío con la máquina neumática, se encuentra una diferencia sensible entre ambos pesos (1). Para que se tenga idea del peso del aire consignaremos los datos siguientes: un litro de aire puro pesa 1 gramo y 293 mils.; si se toma un volumen de agua y otro igual de aire, pesa el primero 773 veces más que el segundo.

El aire es indispensable á la vida de todos los seres orgánicos. Si se colocan bajo la campana de una máquina neumática

(1) La máquina neumática consiste en una bomba que aspira el aire contenido en una capacidad, análogamente á la manera con que nosotros, menos enérgicamente, aspiramos con la boca.

ca pájaros ú otros animales mamíferos, se les vé perecer casi instantáneamente cuando se hace el vacío extrayendo ó enraciando el aire. Los peces y los reptiles mueren tambien, aunque sufren más tiempo la privacion del aire. Los insectos llegan á vivir durante varios dias.

El aire es el agente de la combustion de la trasmision del sonido, y de la luz. Si se coloca bajo el recipiente de la máquina neumática un cuerpo inflamado, una bujía, por ejemplo, se vé palidecer la llama á medida que se hace el vacío y por fin extinguirse. Si se introduce bajo el recipiente un timbre movido por un resorte, se observa que á medida que se extrae el aire el sonido se va debilitando, y llega un momento en que no se oye, viéndose sin embargo el movimiento y choque del martillo sobre la campana. Si despues se empieza á introducir el aire, vuelve á producirse el sonido.

La extrema movilidad del aire produce los vientos y estos dan lugar á una fuerza motriz poderosa y económica que se utiliza en la industria; ejemplo, los molinos de viento, los ventiladores mecánicos, etc.

El aire, en fin, es el agente de otra infinidad de fenómenos que admiramos y pasan en la atmósfera.

El aire es invisible porque es incoloro. Pero si se mira á través de una masa de gran espesor, su coloracion se hace sensible. Tambien el agua, vista en pequeña cantidad, parece sin color, y si se mira una masa de algun espesor, como sucede en el mar, en un lago ó en un rio, se vé con color verde ó azul. Un paisaje separado nos parece azulado porque la espesa capa de aire que nos separa le comunica su propio tinte. El azul del cielo no tiene otra causa que la coloracion del aire.

El aire puede hacerse hasta cierto punto sensible á la vista, aunque sea en pequeña cantidad, y convencerse cualquiera de su materialidad. Para ello tómese un vaso ó una botella vacía, en el sentido vulgar, é introdúzcase en el agua boca abajo; por más que se le introduzca, si se tiene bien derecho, no se conseguirá que el agua penetre y llene el vaso. Esto consiste en que el aire de que está lleno el vaso se opone á la

entrada del agua. Es una propiedad general de la materia que se llama *impenetrabilidad* la de que dos cuerpos no pueden ocupar á la vez el mismo espacio; es preciso que uno desaloje el espacio para que otro lo ocupe, y tambien es indudable que solamente un cuerpo material puede impedir que otro ocupe su lugar. El agua, pues, no puede ocupar la capacidad del vaso porque el cuerpo material *aire* ocupa el espacio. Si se inclina un poco el vaso, conservándole introducido en el agua, se verá salir de su capacidad gruesas burbujas que se escapan tumultuosamente, remueven el agua y estallando en su superficie se disipan. Estas burbujas no son otra cosa que el aire; el aire es, pues, un cuerpo material; se le puede ver, se le puede manejar.

La experiencia anterior sirve tambien para demostrar la compresibilidad y la elasticidad del aire. Hemos dicho que si se introduce el vaso derecho é invertido en el agua, no se consigue que esta penetre por completo en su cavidad; pero se observa que el agua no se detiene en el borde, penetra algo en el interior, y tanto más, cuanto más fuertemente se comprime el vaso en la misma posicion. Lo que sucede es que el aire encerrado en el vaso, oprimido cada vez más fuertemente disminuye su volúmen, lo mismo que una pelota de lana cuando se comprime entre las manos. A esta propiedad de disminuir el volúmen por efecto de la presion se llama *compresibilidad*.

Si el vaso se va levantando lentamente, se observa que el nivel del agua va bajando, de modo que la misma masa de aire va aumentando su volúmen y tiende á ocupar su espacio primero, á medida que la presion cede, lo mismo que sucede á la pelota de lana. Esta propiedad de volver prontamente a su volúmen primitivo cuando cesa la presion ejercida sobre un cuerpo, se llama *elasticidad*.

La atmósfera, que es la masa de este fluido de aire que rodea la tierra, y cuyas propiedades acabamos de indicar, tiene por lo tanto estas mismas cualidades.

Su composicion química es la del aire y las proporciones

de oxígeno y de azoe, sus elementos principales, son las mismas á todas las alturas y donde quiera que se analice la atmósfera, siendo pura.

Componiéndose la atmósfera de una masa de fluido pesado y compresible, se deduce que debe ser densa y que su densidad ha de ir disminuyendo desde la superficie de la tierra á medida que crece la altura, porque cada capa de aire, estando comprimida por el peso de las superiores, á medida que el número de estas disminuya, decrecerá la densidad.

La altura de la atmósfera que, segun se demuestra por consideraciones físicas y mecánicas, no puede ser indefinida, no está todavía exactamente averiguada. Se calcula en sesenta kilómetros; más allá debe haber un aire extremadamente rarificado, y á cien kilómetros se supone que existe un vacío absoluto.

Teniendo la atmósfera la altura antes expresada, y pesando un litro de aire 1, gr. 293, se concibe que el conjunto de la atmósfera debe ejercer en la superficie del globo una presión considerable. se puede comprobar esta presión por muchas experiencias; citaremos varias.

Si se hace el vacío por medio de la máquina neumática en una campana de cristal ó vaso cerrado herméticamente en su parte superior por una piel delgada, y colocada su abertura sobre el recipiente de la máquina, á medida que se extrae el aire, la piel se deprime por el peso del aire exterior y concluye por estallar.

Las eliso-bombas, lavativas y geringas son otra prueba. Todo el mundo sabe que para introducir el agua en el tubo se extrae el aire, elevando el émbolo y teniendo el extremo introducido en un depósito. Debajo del piston se va quedando vacío de aire, y la presión de la atmósfera, ejerciéndose sobre toda la superficie del líquido en el depósito, menos en la parte que ocupa el extremo del tubo, empuja al líquido en esta parte y le introduce en aquel.

Se llena de agua un vaso ó una botella, se tapa con una hoja de papel, y despues se invierte ó pone, como vulgarmente

se dice, boca abajo, teniendo cuidado de aplicar la palma de la mano al dar la vuelta para que no entre aire por entre el papel y los bordes del vaso; se separa la mano y se vé que el papel basta para evitar que se caiga el agua, y resiste su peso. La causa es la presión atmosférica que se ejerce sobre la superficie exterior del papel. La experiencia dura muy corto tiempo, porque el papel al mojarse se separa de los bordes del vaso y entra el aire, vertiéndose entonces el líquido.

Se aplican por sus bordes dos hemisferios huecos de cobre ú otra sustancia, provistos de dos mangos, por los que se cogen con las manos, y teniendo uno de ellos una abertura provista de una llave y dispuesta de modo que pueda aplicarse á una máquina neumática, se hace el vacío ó extrae el aire contenido entre ellos. Se observa que en tanto que hay aire se separan sin la menor dificultad, pero cuando se ha hecho el vacío se necesita para conseguirlo un gran esfuerzo, que tiene por causa la presión de la atmósfera sobre la superficie exterior de los hemisferios.

Podrian citarse gran número de pruebas y ejemplos del efecto producido por la presión de la atmósfera.

El peso de la atmósfera ó sea el de una columna atmosférica, ó dígase de aire, de toda su altura sobre la base que la sustenta, es igual al de una columna de agua del mismo diámetro ó base, y de 10 metros de altura, de modo que cada metro cuadrado de superficie de la tierra, ó de un cuerpo cualquiera, sufre el peso de 10 metros cúbicos de agua. El peso de la atmósfera puede compararse igualmente con el del mercurio ú otro líquido. El barómetro, de que en otra ocasion nos ocuparemos, es el instrumento con que se mide este peso.

Segun el peso que sufre la superficie de cada cuerpo por la presión atmosférica, y siendo la superficie correspondiente al cuerpo humano, en un sugeto de estatura y grueso ordinarios, de metro y medio cuadrados, resulta que sobre el hombre carga constantemente el peso de una columna de agua que tuviera por base dicho metro y medio y por altura diez metros, cuyo peso es próximamente 15.500 kilogramos. Parece que

una presión tan enorme debía aplastarnos; pero debe observarse, para comprender cómo esto no sucede, que la presión atmosférica se ejerce en todas direcciones, produciendo efectos iguales y en dirección contraria, que se equilibran; que el cuerpo humano contiene aire hasta en las partes más íntimas de su cuerpo, de modo que el interior de los huesos, de los tejidos, de las vísceras, etc., contienen aire, cuya presión equilibra al aire exterior; que estamos empapados en el aire como una esponja en el agua. La presión se haría sensible sobre una parte de la superficie de nuestro cuerpo, cuando del lado opuesto se hiciera el vacío.

Para comprender bien esto, recuérdense las experiencias antes citadas para probar la presión atmosférica. En la primera, por ejemplo, la piel no sufre el efecto de la presión ni se rompe en tanto que el aire obra por sus dos superficies. Si en esta misma experiencia se tapa el vaso con la mano en lugar de la piel, se sufre una presión exterior inaguantable, y en seguida que se vuelve á introducir el aire, el equilibrio se restablece y no se advierte ninguna sensación. La experiencia de los hemisferios huecos comprueba lo mismo; la presión no se hace sensible sino cuando obra solamente en su superficie exterior.

La cubierta atmosférica de la tierra tiene una forma esférica como el globo terráqueo que envuelve.

La atmósfera se mueve con la tierra; va, digámoslo así, adherida á ella, formando una parte integrante. De este hecho, difícil de comprender por algunos, puede darse una prueba poniendo de manifiesto lo que sucedería si la atmósfera estuviese inmóvil. Veamos de explicarlo.

La tierra gira alrededor de su eje haciendo una revolución completa en veinte y cuatro horas. Todos sus puntos están animados de una velocidad que es distinta, según su situación sobre la superficie de la tierra. Los más separados del eje tienen que recorrer mayor camino circular en el mismo tiempo, y por lo tanto tienen mayor velocidad; los más próximos de los polos ó extremos del eje describen círculos más

pequeños y marchan más lentamente. De todo esto se puede formar una idea haciendo girar una esfera de madera ó una simple naranja alrededor de una varilla que la atraviese por el centro. Ahora bien, segun las dimensiones de la tierra, los puntos más separados del eje recorren en veinticuatro horas un círculo de 10.000 leguas, de modo que tienen una velocidad próximamente de siete leguas por minuto. De esta velocidad máxima hasta la inmovilidad en el mismo polo hay todas las intermedias. Esto sentado, observemos ahora lo que sucede cuando un cuerpo se mueve en una masa de aire. Si se corre con rapidéz se nota el choque del aire en la cara, aunque haya una calma completa, como si reinase un ligero viento. Si se coloca la cara en la portezuela de un coche del camino de hierro cuando está en marcha veloz, la impresion que se recibe es la misma que si en la direccion contraria al movimiento soplase un viento fuertísimo, y sin embargo, á distancia del coche ni aun se mueven las hojas de los árboles. Si el convoy se para, el viento cesa. De esto se deduce que el efecto del viento puede producirse de dos maneras, ó por el movimiento del aire viniendo á chocar en un cuerpo inmóvil, ó por el movimiento del cuerpo que choca al aire en reposo. Ahora bien, viniendo á nuestro objeto, si la atmósfera estuviese inmóvil, los objetos terrestres chocarian al aire con velocidades enormes, y el efecto seria el mismo que si reinase sobre toda la superficie de la tierra un viento de una violencia extrema, viento que segun las velocidades de los diversos puntos de la tierra, que antes se han indicado, seria para la mayor parte de aquellos extraordinariamente superior en fuerza á los mas furiosos huracanes que descuajan árboles y derriban edificios. Nada resistiria á semejante fenómeno, capaz de conmovier las montañas.

El calor ó temperatura de la atmósfera disminuye á medida que aumenta la altura. El decrecimiento de temperatura es muy irregular, y en este punto están muy en desacuerdo los resultados de los observadores. Puede como un término medio sentarse que el decrecimiento es 5,9 de un grado centígra-

do por cada 100 metros. Esta es la causa del frio riguroso y de las nieves perpétuas en grandes alturas.

El aire, segun ya hemos dicho, es diáfano é incoloro como el agua; pero así como esta adquiere, á medida que se aglomera en grandes masas, como en los rios y en el mar, opacidad y color verdoso, así la atmósfera, vista en su conjunto desde la tierra, tiene color. El más general es el azul, pero presenta tintes variadisimos por un gran número de circunstancias. Segun la cantidad de vapor de agua que contiene; segun la transparencia que presenta; segun el grado de luz por la posición del sol; segun la mayor ó menor proximidad al horizonte ó al zenit de la parte de espacio á que se dirija la vista, etc., etc., así los colores son diferentes.

Siendo el aire el elemento principal de la vida de todos los séres y el agente de la trasmision de la luz y del sonido, la influencia de la atmósfera en el sistema fisico del mundo es evidente. Además de constituir el alimento de la respiracion, es el medio indispensable para las sensaciones exteriores. Sus efectos sobre los sentidos corporales, especialmente respecto del oido y de la vista, son tan importantes que conviene nos detengamos en ponerlos de manifiesto.

El mecanismo de los órganos vocales imprime á la atmósfera las vibraciones que constituyen el sonido y llevan la voz al mecanismo del oido. Si el mundo no tuviese atmósfera seria un mundo de sordo-mudos, y no produciéndose ninguna otra especie de sonido, seria asimismo una mansion de silencio eterno.

La difusion de la luz es debida á la masa atmosférica; sin esta no serian visibles más que los objetos expuestos directamente á la luz del sol; no habria sombra, ni media luz, ni crepúsculo, ni más transicion, ni tonos que, ó la claridad deslumbradora del sol, ó la oscuridad completa de la noche. Nada de luz artificial.

Sin atmósfera no habria nubes, ni cielo, porque la bóveda azul que nuestra vista percibe no es mas que la inmensa masa de aire que constituye la atmósfera.

La atmósfera conserva el calor solar y el calor terrestre, y lo que es más importante, absorbe una gran parte de los rayos solares. Sin atmósfera, el calor de los rayos solares sería tan intenso que nos abrasaría y destruiría los cuerpos expuestos á su influencia directa, y así como no habría transición de luz, tampoco de calor, de modo que fuera de los rayos solares no habría calor; ó abrasarse ó helarse. Nada de combustion y por lo tanto de calor artificial.

La atmósfera es necesaria para la existencia del agua y de todos los líquidos, los cuales, para formarse y mantenerse en tal estado de líquidos necesitan una cierta presión atmosférica; de modo que sin atmósfera no habría agua, que es otro elemento tan necesario como el aire para la vida de todos los seres.

En fin, la existencia del mundo que conocemos sería imposible sin la atmósfera.

F. CARVAJAL.



Á MI QUERIDO AMIGO

El reputado artista

D. BERNARDO FERRANDIZ.

EN MÁLAGA.



Iba un jaque terne y *cruo*
querencioso de las cañas
toros, cantares y fiestas,
bailes, *belenes*, guitarra,
hembras y cuanto se cria
en la tierra de la gracia,
calamocano y resuelto

à las tres de la mañana
por un callejon oscuro
de una *juelga* en retirada,
sin que turbase el silencio
otro ruido que sus jácaras
del vino peleador
adulterado de Málaga,
vulgo, santo-óleo de hombres,
y la vigilante alarma
del sereno, que la hora
con voz destemplada canta,
cuando percibió al doblar
una esquina, la algazara
de un casucho en que tenian
los gitanos una zambra:
que las pajarillas siente
se le alegran, se le bailan;
ya iba á dormir; la fortuna
otra *bolla* le depara
y no estuviera decente
yéndose, desperdiciarla.

Tercia el calañés con garbo
hasta las cejas el ala;
la mano derecha puesta
al cuadril en forma de asa;
tose, tienta el *alfiler*
ciñéndolo con la faja;
escupe por el colmillo;
en derechura á la casa
se arroja como una flecha,
por supuesto ladeada
y despues de estos preludios
tan indispenables, llama.
A poco rato el cerrojo
rechina de una ventana
que se abre al fin y un enjuto

brazo de piel bronceada
asoma un candil mugriento,
iluminando en la extraña
figura que el cuerpo inclina,
el rostro de una gitana
ya vieja, de picarezca
catadura rasgueada.
—¿Quién es?—pregunta con voz
tiple, de caña cascada.
—Bú... bú... bú...—¿Platica er bú?
pues á mí er bú no me espanta.
—Bú... bú... bú.. bú.. buenas noches!
sudando la gota esclama
nuestro hombre, que era muy
tartamudo, por desgracia:
Dí... dí... dígame osté á Antonio
que só... sóy yo ca... caramba!
que ya me co... co... conoce,
y que... que... mea... me abra!
A esto lá vieja prorrumpe
en gritos y risotadas
y dice: sal Antoñico,
que ahí te busca una matraca!

ATENODORO MUÑOZ,

Hemos sabido con satisfaccion que inspirándose en un criterio que nunca será bastante aplaudido, la Diputacion Provincial de Málaga ha acordado la creacion de tres plazas pensionadas, con objeto de que cada año sea nombrado por concurso un discípulo de la Academia de Bellas Artes, (clase de colorido y composicion), que irá á Roma á continuar sus estudios pictóricos durante tres años.

Como nos consta que á este lisonjero resultado ha contribuido mucho nuestro amigo el Sr. Ferrandiz, le enviamos asimismo nuestra enhorabuena.



DICCIONARIO DOMÉSTICO.

TESORO DE LAS FAMILIAS,

Ó REPERTORIO UNIVERSAL DE CONOCIMIENTOS ÚTILES.

En el próximo número nos ocuparemos de esta importante obra.

Contiene más de 4.000 fórmulas, preceptos ó recetas de fácil ejecución sobre las materias siguiente: *Labranza*, ó cultivo de los campos.—*Horticultura*, ó labor de las huertas.—*Floricultura*, ó jardinería.—*Arboricultura*, ó cultivo de los árboles.—*Clasificación* botánica de las plantas y sus virtudes medicinales.—*Crianza* ó cebamiento de animales.—*Administración* rural ó económica agrícola: todo en cuanto se ha podido para dar nociones seguras, capaces de dar una idea exacta de la agricultura, como ciencia y como arte.—*Conservación* de las carnes, granos, legumbres, frutas y toda clase de provisiones alimenticias.—*Preparación* de dulces, conservas de frutas, de mermeladas, chocolate, café, té, limonadas, jarabes y ponches.—*Arte* de hacer el pan, los vinos, la sidra, cerveza y toda clase de debidas económicas.—*Manual* práctico de la cocina española, francesa, italiana y americana; el de la pastelería, repostería y toda clase de licores.—*Cuidados* que exigen la bodega, el corral, las aves domésticas, los pájaros enjaulados y toda clase de animales domésticos.—*Reglas* prácticas acerca de la caza y pesca, con nociones sobre los derechos de los propietarios y del público consignados en la ley.—*Conservación* de la ropa de uso, de las telas, muebles, efectos de menaje y destrucción de los insectos dañosos.—*Arte* de lavar y planchar la ropa blanca.—*Preparación* de todos los artículos de perfumería y tocador.—*Instrucciones* teórico prácticas de química y física recreativa, y de pirotécnica civil, ó arte de hacer fuegos artificiales.—*Los meses* del año, con preceptos de higiene, de economía doméstica y rural, y productos culinarios: redactado por D. Balbino CORTÉS y MORALES, cónsul de primera clase, etc.—*Tercera tirada*. Madrid, 1876. Un magnífico tomo en 4.º de 2288 columnas, 20 pesetas en Madrid y 22 pesetas y 50 cént. en provincias, franco de porte.

ADVERTENCIA.—Esta tercera tirada constará de 7 cuadernos de a 10 pliegos cada uno (163 páginas, 320 columnas), y saldrá con regularidad uno cada mes. Precio de cada cuaderno: 3 pesetas en Madrid y 3 pesetas y 25 cént. en provincias franco de porte.—Se han publicado los cuadernos 1.º y 2.º

Se autoriza á todos los librerías, almacenistas de papel y Administradores de Correos para recibir suscripciones á esta obra.

Se halla de venta en la librería extranjera y nacional de D. C. Bailly-Baillière, plaza de Santa Ana, num. 10, Madrid, y en las principales librerías del Reino.—En la misma librería hay un gran surtido de toda clase de obras nacionales y extranjeras; se admiten suscripciones á todos los periódicos y se encarga de traer del extranjero todo cuanto se le encomiende en el ramo de librería.